

4º. Domingo de Pascua. Año C

Lectio divina Jn 10,27-30

Terminando su autopresentación como buen Pastor, Jesús describe brevemente las relaciones que le unen con sus ovejas y la relación que mantiene con el Padre. Ambas son inseparables. Con los suyos, se comporta como el Pastor *bueno*: la convivencia continua con la grey le asegura ser escuchado y seguido; habiendo perdido la vida por su rebaño está seguro de que no se le perderá nunca. Pero la razón suprema de sus cuidados está en Dios: siendo uno con Él, no puede perder lo que el Padre le ha entregado. La intimidad del Hijo con el Padre asegura la convivencia de la grey con su Pastor; para que nadie se le pierda, no pone en peligro su relación filial. En ello reside la 'bondad' del Pastor, en su inseparable comunión con el Padre.

Quien demuestra pertenecer a Cristo, por que convive con él y camina tras él, se sabe pertenencia de Dios: seguir el cayado de Jesús Pastor es sentirse en las manos del Padre de Jesús. Y ello significa que seguir a Jesús es consecuencia de que él sigue sintiéndose Hijo de Dios. En cierta manera, Jesús necesita cuidarnos para que Dios le cuide como a su hijo: ¡tanto valemos!. Cuidándose de nosotros, se sabe cuidado por Dios como hijo.

En aquel tiempo, dijo Jesús:

²⁷“Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, ²⁸y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano.

²⁰Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. ³⁰Yo y el Padre somos uno”

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

La brevedad del texto litúrgico, la ausencia de contexto histórico (¿A quién dirige Jesús el discurso? ¿Con qué motivo?) y literario (¿Qué antecede y qué sigue a las palabras de Jesús?) dificultan su comprensión, al no permitirnos ver el motivo que ha originado el discurso. De ahí que haya que ceñirse a cuanto se dice, y es bien poco.

En nuestro texto Jesús responde a quienes no pueden creer, por no pertenecer a su redil (Jn 10,26). El criterio puede sorprender, pero refleja la conciencia cristiana, su concepción de discipulado: sólo quien se sabe custodiado por Cristo se le confía. Si no le siguen (Jn 10,3), es porque no oyen su voz ni él los conoce. Ser discípulo comporta convivencia y conocimiento mutuo (Jn 10,27; cf. 10,14-15). Quien le siga, no se perderá: nadie podrá arrebatarlo de su mano (Jn 10,28), símbolo bíblico de la potencia y del cuidado divino (Dt 32,39; Is 43,13). Adherirse a Jesús es don de Dios (Jn 6,37.39.44). De hecho la razón última de esta vida sin término, que tiene asegurada quien le siga, está en que lo mantiene el Hijo: lo que el Hijo aferra con sus manos lo mantiene el Padre en las suyas (Jn 10,28b = Jn 10,29b). Nada hay mayor que el Padre, ningún poder le excede: no puede perderse todo lo que Él cuide; quien cree en Jesús está en buenas manos, la del Padre de Jesús.

Jesús se define, pues, como pastor, definiendo la vinculación que mantiene, contemporáneamente, con su grey y con su Padre. Ambos, rebaño y Dios, le pertenecen, aunque de diversa forma. El rebaño está formado por quien le escucha, le sigue y recibe de él vida eterna. El Padre, a quien ambos, pastor y rebaño, pertenecen, es quien le ha confiado la grey, que no puede perder porque nadie puede arrebatarla. El rebaño de Jesús se sabe, pues, seguro, porque lo conoce bien; y lo conoce, porque le escucha continuamente; y le puede escuchar, porque convive junto a él porque le sigue.

La actuación del Hijo refleja la iniciativa paterna, hace lo mismo que el Padre (Jn 5,17); más aún, en la actuación confluyen Hijo y Padre, son una única *cosa* (Jn 10,30), *custodiando a los creyentes*. La unidad es funcional, no personal; están unidos en la acción salvífica. En el Templo, lugar consagrado por la presencia divina, Jesús proclama hacer presente la acción de Dios; y así cuestiona la función primera del Templo, su necesidad salvífica. Ninguna expectativa mesiánica reclamaba la sustitución del Templo.

Son de destacar dos afirmaciones fundamentales: El origen de la relación de Jesús con el rebaño es el Padre: Él se lo ha entregado; nadie puede quitárselo. Jesús ejerce como hijo de Dios ejercitándose como pastor del rebaño del Padre. Con respecto al rebaño, el Padre y Jesús actúan de forma idéntica: no se lo dejarán arrebatar de sus manos. Por eso, porque no perecerán el rebaño, el Padre y Jesús son una sola cosa. Dos son uno solo porque, y mientras, cuidan del único rebaño: cuidar de la grey hace más hijo al Pastor y mejor Padre a Dios.

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a la vida?

Tutelado por Dios, ¿afronto sereno la propia necesidad y el incierto futuro?; por penoso que sea el camino o insegura la vía, su mano me defiende y guía. ¿Me lo creo?, ¿Le creo, cuando asegura que es uno con Dios porque no permitirá que yo le sea arrebatado de su mano? ¡Mucho me estoy perdiendo, me temo, perdido como estoy entre tantas cosas, junto a

tantas personas, en medio de situaciones o alimentando ilusiones, que me distraen de Cristo y de su palabra!: ¡volver su escucha me devolverá a sus manos, y la vida por siempre!.

A pesar de su brevedad, las palabras de Jesús están cargadas de sentido y... de consuelo. Pertenecen a un discurso más amplio que Jesús dirigió a los judíos durante una fiesta en el Templo. En él Jesús se había comparado con un pastor tan bueno como para dar la vida por los suyos. Pero sus palabras habían chocado con la incredulidad de sus oyentes: los judíos entonces, como nosotros hoy, no se podían creer que alguien en su sano juicio estuviera dispuesto a entregar la vida por los demás, aunque fuera, como en el caso del pastor, por su propio rebaño. Tamaño sacrificio suele ser tan raro que nos resulta increíble. Jesús insiste en su disposición y, volviendo al símil de pastor, alude a la relación de intimidad que mantiene con sus discípulos. No sólo da la vida por ellos, es que quiere mantenerse junto a ellos para cuidarlos y guiarlos.

No estaría mal que, para que sus palabras nos sean de consuelo, nos preguntáramos por nuestra relación personal con Cristo Jesús: si existe en verdad o, si al menos deseamos que existiera; si la cultivamos y cómo lo hacemos. ¡De qué no nos estaremos privando, privados como estamos de la seguridad de que Cristo es nuestro Pastor bueno!; ¡cómo no sentirse a veces perdido, si no nos sentimos guiados a diario por Cristo Jesús! De dónde nace mi inseguridad? ¿En qué cifro mi porvenir? ¿Qué persigo en la vida, cuando trato de *salvarla*? ¿A quién estoy siguiendo Es Él mismo quien, en el evangelio, nos ha señalado unos criterios para comprobar si le pertenecemos.

Mis ovejas, dice Jesús, *escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen*. Con sus discípulos auténticos Jesús mantiene una auténtica comunidad de vida y destino, comparable a la que resulta de la vida del pastor dedicado por completo a su grey. Las ovejas siguen a quien conocen, y lo conocen porque convive con ellas: compartir sueño y trabajo, descanso y fatiga, comida y tiempo, los hace familiares, aunque no sean iguales, al pastor y a su rebaño. Así es la relación que Jesús mantiene con los suyos: le siguen seguros, porque lo conocen bien; y lo conocen, porque le escuchan continuamente; y le pueden escuchar, porque conviven juntos. Los discípulos de Jesús saben contar con su Dios como la oveja cuenta con su pastor, porque lo saben a su lado, compartiendo ocupaciones y reposo, alimento y preocupaciones, noche y día.

Saberse guiado por Dios le hace posible al discípulo de Cristo el vivir despreocupado y, al mismo tiempo, saberse bien atendido; al cristiano, como a la oveja del rebaño, no le importa no saber dónde se va hoy ni cuándo descansará mañana, con tal de saberse guiado ya por Dios y protegido contra el porvenir; cualquier incertidumbre que podamos tener es superada por la seguridad de tenerle junto a nosotros, arrojando el mismo peligro y caminando por idénticas veredas. Tutelado por Dios, puede uno afrontar sereno la propia necesidad y el incierto futuro; por penoso que sea el camino o insegura la vía, su mano nos defiende y guía.

Pero para sentir la tutela de Dios hay que asumir su liderazgo y seguir sus directrices. ¡Mal le podrá saber cercano quien no camina tras Él! Si no nos esforzamos por seguirle, no tenemos derecho alguno a esperar que nos acompañe por la vida, ni, mucho menos, que esté dispuesto a entregarla en nuestro lugar. En cambio, bastaría atreverse a dejarle que nos preceda, para sabernos protegidos; sería suficiente dedicar un poco más de nuestro tiempo a escucharle, para saber que nos acompaña; concederle un espacio mayor en nuestra vida significaría saber que la ha tomado en sus manos, que la tenemos en Él asegurada, que cuida de esta vida y que nos dará la eterna. ¡Mucho estamos perdiéndonos, me temo, perdidos como estamos entre tantas cosas o personas, situaciones o ilusiones, que nos distraen de Cristo y de su palabra!: ¡volvamos a su escucha, si queremos que vuelva a guiar nuestra vida y a defenderla!.

Para quien sigue de cerca a Jesús, para quien le concede obediencia, para quien se sabe precedido por él, no existe razón para el temor: *no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano*. Toda angustia resulta infundada, si se pertenece a su rebaño. No perderá a nadie ni se dejará robar por nadie: lo suyo Dios lo tiene de su mano; a los suyos los mantiene entre sus brazos, dispuesto como está, incluso, a jugarse la propia vida antes que entregar la de los que le pertenecen. El discípulo de Jesús, que vive oyéndole y que le sigue obedeciendo su voz, se sabe en buenas manos: son manos de buen pastor, que prefiere perderlas antes que perder cuanto en ellas abraza, entregar su vida para que no se la roben a los suyos.

Es cierto que saberse guiados por Jesús no supone saberse libre de toda necesidad, pero se sabe que Jesús comparte el mismo peligro. Y ello debe bastar. Saberse del rebaño de Jesús no implica tener siempre la solución a todo problema o evitarse todo peligro, pero da la seguridad de no tener que afrontarlos solos ni siquiera los primeros: Cristo Pastor precede a cuantos le siguen. Antes de llegar nosotros, ya ha encarado él nuestra dificultad; venceremos nuestros miedos, si nos sabemos acompañados por Cristo. Y nos sabremos acompañados por él, si le seguimos por dónde quiera llevarnos. Sea donde sea, si él nos precede, no hay peligro insalvable. No son, pues, las dificultades de la vida lo que nos la hacen más difícil, sino lo difícil que nos resulta seguir a Cristo por donde él quiera; no es que la vida sea mala, es que no somos buenos cristianos.

Tendríamos que preguntarnos, entonces, por qué vivimos nuestra fe con tanta incertidumbre como poca ilusión, con tanto miedo y sin apenas alegría. ¿Por qué pedimos tantas pruebas a Dios para poder sentirnos de Él acompañados y vivir tranquilos? La razón no es fácil, aunque sea una amarga constatación: no sabemos dónde ha ido a parar nuestro Dios, porque no nos gusta ir donde quiere llevarnos; porque no queremos hacer su voluntad, no nos sentimos queridos por Dios; rehusando acompañarle, no podemos exigir sentir su compañía. A base de buscar certezas con otras personas, en

otros lugares, acumulamos dudas sobre el lugar donde se nos ha quedado Dios y nos perdemos la seguridad de tenerle junto a nosotros.

Consigue tener a Dios como compañero, quien se dedica a seguirle: atendiendo sus exigencias, nos sentiremos atendidos; respondiendo a sus órdenes, veremos respondidas nuestras necesidades; el buen Pastor satisface los deseos de quien ha satisfecho los suyos. Jesús obedecido, porque escuchado, conocido personalmente, porque seguido de cerca, atenderá nuestra necesidad de vida, ahora y siempre, y nos reconocerá como sus seguidores, ahora, en nuestra necesidad, y mañana, tras nuestra muerte. Él ha empeñado su palabra: merece la pena fiarse de Él. ¿O es que tenemos alguien que nos haya prometido más? Que El quiera ser nuestro Pastor es de lo más consolador que podríamos oír hoy: ojalá que nos arriesguemos a vivir en su rebaño, es decir, oyéndole y conociéndole, siguiéndole y conviviendo con Él. No nos arrepentiríamos...